

ct

Animales drogados

de
Fernando Epelde

(fragmento)

DOS PIES Y UN REPTÍL

En la parte trasera de la furgoneta, María suda los cócteles gratuitos que se ha estado tomando durante todo el día en el hotel. La barra libre era abundante pero muy mala.

A su lado hay una caja de plástico gris sobre la que descansan algunos blisters de pastillas y una botella de agua de una marca india.

La voz en el interior de su cabeza suena dispersa y errática.

MARÍA

(piensa): ¡Qué estupidez! Una serpiente y dos pies. ¿De dónde coño vendrá esta imagen? Y justo ahora... ¡Justo ahora!

Si pudiera, al menos, resolverla.

Ponerle un nombre y abandonarla. Archivarla tal y como me decía mi terapeuta.

Pero aquí todo esto no tiene sentido.

Esta imagen no tiene sentido.

Recordar cosas, encontrar las palabras adecuadas, no ser malinterpretada... ¡Bah! ¡Problemas del primer mundo!

No sé si me da más miedo lo que está pasando o acabar atendida en el hospital más próximo.

(Mira por la ventanilla)

Dios... este lugar no se termina nunca, es como un decorado de cine.

Todo el mundo quiere fotografiarse conmigo.

Solo porque soy blanca. Porque nunca han visto, hablado o follado con una mujer blanca.

No... no, no, no... tengo que concentrarme.

Antes de todo esto, antes de los complejos de hoteles y de las calles pavimentadas había un hospital... lo recuerdo bien. Recuerdo haberlo visto cuando me trajeron aquí desde el aeropuerto.

¿Cómo puede ser que no tengan un centro de asistencia dentro del complejo?

La botica era como el decorado de "Farmacia de guardia". Cuando me dio la cagalera tuve que mirar en el teléfono el nombre del producto español y buscar yo misma un equivalente entre todas aquellas tabletas sin catalogar.

Había medicinas y drogas sin ningún distintivo por todas partes. Y sin fecha de caducidad...

¿Es que no son capaces de tener un antídoto a mano para situaciones como esta? (Se mira el brazo)

¡Mierda! Esto se está poniendo muy feo.

No sé si debería tomarme otro analgésico.

María se aproxima a la caja. Su visión se torna cada vez más borrosa. No siente exactamente dolor, sino algunas sensaciones desconocidas que, por novedosas, le

dan miedo.

Las palpitaciones en su brazo se extienden también a su cuello, su sexo y a algunos puntos indeterminados de su pecho y espalda.

MARÍA

No... no es una serpiente. Es más bien como un pez de río. Lo que tengo en la cabeza son dos pies y un pez de río.

Y esas tetas... esas tetas blancas pintadas al óleo.

Dios... cómo me miraban todos aquellos indios. Me follaban con la mirada.

El veneno me está subiendo. No es como lo imaginaba. Es muy lúcido. Muy claro. Se parece más a a la vez que tomamos ácido antes de entrar a aquel museo italiano que a cuando -de pequeña- me picó una abeja en la frente.

Me siento drogada, no herida. *(Sus pensamientos no siguen un orden lógico)*

Y cómo me miraban... cómo me miraban los camareros y los responsables del hotel después la picadura.

Sin atreverse ni siquiera a tocarme.

¡Quiero un ibuprofeno o lo que coño sea! Pero no me apetece acercarme más a la caja.

Hace mucho calor aquí dentro.

Las curvas de la carretera desplazan la caja que se acerca a la esquina donde María suda los restos de la barra libre del complejo. Con grima, la mujer le propina una patada al plástico evitando su proximidad y mira hacia la ventana buscando calmar los nervios.

MARÍA

Hotel... hotel... piscina... hotel... un hombre limpiándose los dientes con un palo... un motorista con malformaciones, riksas, niños, niños desnudos... ¡Mierda! Otra vaca en la carretera. Espero que no encontremos ninguna más en este sentido. *(María ríe, su discurso fluctúa, la química convierte los puntos en comas y los finales de frase en inicios de silencios.)*

Dos pies y una carpa de río. Dos tetas blanquecinas.

El conserje del hotel ya me avisó de que aquí las vacas paralizaban el tráfico.

Pensé que eso era algo que solamente sucedía en las películas.

(Volviendo a la imagen de su cabeza)

Esas tetas... esas tetas no son sagradas.

No son de una virgen.

Desde la caja, sin previo aviso, resuena una voz normal, poco característica. Una voz que no esperas cuando algo o alguien se dirige a ti desde el interior de un recipiente de plástico.

A veces... solo a veces, la voz sesea.

SERPIENTE

Para haber sobrepasado el límite de la barra libre que establecía tu agencia de viajesss y haberte pagado de tu bolsillo los dos últimos Bloody Mary'sss, todavía tienes un assspecto bastante decente.

MARÍA

¿Quieres hacer el favor de callarte? ¡Lo peor de todo está siendo tener que aguantarte!

SERPIENTE

Míralo por el lado bueno, a lo mejor no has sido capaz de follar con ningún hindú en el apartahotel, pero no se puede decir que no estésss rentabilizando el precio del billete.

María golpea la pared de la furgoneta que hay a su espalda para indicar al conductor que acelere.

MARÍA

¡Vamos, joder! ¡Me estoy muriendo!

SERPIENTE

Por el amor de diosss... no te estás muriendo.

MARÍA

Estoy mareada...

SERPIENTE

Estás borracha. Estás drogada. Esss todo.

María coge una pastilla de blister y la engulle con un buen trago de agua.

SERPIENTE

Yo que tú no bebería demasiado de esa botella. Las rellenan con agua del grifo.

MARÍA

Pero... ¿Cómo qué...?

SERPIENTE

Nadie bebe agua en el hotel, corazón. No tiene sssentido gastar en eso. Los turistas preferís cóctelesss.

María deja la botella en el suelo con evidente desdén.

SERPIENTE

Es muy raro que no te hayas llevado a nadie a la cama... No te conozco mucho, pero debes de estar haciendo algo mal. Tus tetas todavía están bassstante bien.

MARÍA

Me estoy muriendo, joder...

SERPIENTE

Yo sí que me estoy muriendo.

MARÍA

Estoy drogada... el veneno...

SERPIENTE

Yo sssí que estoy drogada.

Pausa.

SERPIENTE

Voy hasta el culo, querida. Me ponen la primera inyección bien temprano para poder atender a los niños yanquis regordetes que vienen acompañados de sus papásss y luego ya es un no parar de dosis cada vez más altas hasta que se pone el sol.

Ssoy la serpiente más aburrida del mundo. Cuando llega la noche, evidentemente, no tengo ganas de nada.

Al final de la jornada, después de enroscarme al cuello sudoroso y apestoso de los últimos turistass borrachos a la búsqueda de *fotos de conquistador* para poner en el facebook, Amar me lanza un par de ratones pequeñoss y pretende, todavía, que le deleite con un essspectáculo de caza.

En más de una ocasión, los ratones se han quedado allí hasta la mañana siguiente, bebiendo de mi agua o ssse han escapado, pasándome por encima mientras yo no podía ni mover la cola de la resssaca.

Estoy colgada, cariño... pero no de un árbol o de una liana. Colgada de verdad.

Esto ess un puto infierno.